



LAS HUELLAS DE TU BOCA

AMAURY BLANQUICET PRETELT

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE ARTES
MAESTRIA DE ESCRITURAS CREATIVAS
Bogotá, 2013**

LAS HUELLAS DE TU BOCA

**AMAURY BLANQUICET PRETELT
CÓDIGO: 03389562**

**Trabajo de grado presentado para optar al título de:
MAGISTER EN ESCRITURAS CREATIVAS**

**DIRIGIDO POR:
Jaime Echeverri**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE ARTES
MAESTRIA DE ESCRITURAS CREATIVAS
Bogotá, 2013**

*Todos esos momentos se perderán en el tiempo
como una lágrima en la lluvia...*

/

Ese día tuve una cita con tu madre. El punto de encuentro fue un lugar de dudosa reputación, un motelito de mala muerte que conoció días gloriosos, pero que aún preservaba un café-bar un tanto frecuentado; debo decirte que la idea fue de ella... Desde ese sitio la Morgue quedaba relativamente cerca.

Como sabes, soy malo para madrugar, no conecto el cerebro temprano y solo después de una abundante taza de café, y tu madre tenía unas ojeras como de mil insomnios juntos, así que, me imagino, representaríamos la pareja perfecta de noctámbulos lujuriosos; atraíamos muchas miradas, gestos escrutadores, inquisiciones curiosas. Decidimos terminar rápido el café e iniciar la marcha.

Las derruidas calles que comunicaban a la Morgue Distrital con el resto de la ciudad, eran habitadas y transitadas por "zombis" y figuras espectrales del submundo de las drogas, consumidas por el vicio, que caminaban por inercia bajo sus harapos. Eran, como tú decías, los hijos de la puta vida, es decir, de la vida en las calles.

La vieja ciudad desaparecía demolida por la fuerza de los nuevos tiempos y los últimos vestigios de sus lacras arrastraban sus pasos sacudidos por la brisa, que jugaba con las hojas en torno al frío edificio.

Las cercanías del "Bronx", "cartucho" y "cinco huecos" expulsaban hacia la luz del día a estos seres que infundían temor de solo verlos. Tu madre me tomó del brazo, en el primer y último contacto físico que tuvo conmigo, pero la verdad es que los dos estábamos igual de desamparados ante el golpe de vida real.

En las puertas del edificio de "Medicina Legal" una señora de avanzada edad, de pelo entrecano y un chal de lana anudado al cuello, preguntaba por su hijo mayor, de 25 años, de quien nada se sabía hace varios días.

Según ella, él salió una noche con unos amigos "a hacer una vuelta" en el norte de Bogotá. Un funcionario hizo un comentario peyorativo sobre maleantes y ladronzuelos que caen en ajustes de cuentas, le mostró unas fotos de los

cadáveres sin reclamar, algunos de los cuales ya habían sido enterrados como NN, y le pidió que tratara de identificarlo. La anciana miró con detenimiento y cruzó las páginas, con mano temblorosa y casi sin fuerzas, repasándolas una y otra vez; de vez en cuando levantaba la mirada con ojos huidizos y se sumergía nuevamente en su labor, cada vez más enjuta, como disminuida por el esfuerzo.

Después de un rato largo, suspiró hondo, cerró el álbum, y dijo en voz alta, como para todo el mundo, que su hijo no estaba en ninguno de los rostros que revisó. Abandonó el recinto con paso firme y una determinación como de no volver jamás. Sentí alivio por ella y quise salir a tomar una bocanada de aire, pero en ese instante observé a tu madre y desistí de mi intención.

Una vez ingresamos a las oficinas de recepción de dolientes y familiares de las personas por identificar y tras revisar las fotos, nos solicitaron tus datos:

Gabriela Martelo Pombo, estudiante de sicología y bailarina, 22 años, soltera, blanca, cabello negro, 1,76 de estatura, sin cicatrices ni señales particulares... No hubo respuesta inmediata y pasó un rato largo, largo, interminable, diluido en cascadas de silencio.

Los funcionarios apáticos, ajenos a las tragedias personales de los que compartíamos la sala de espera, acostumbrados a la rutina de la muerte, se tomaban las cosas con una calma capaz de alterar a cualquiera.

Nos pusimos de pie y estábamos dispuestos a salir, pero el funcionario que nos atendía nos detuvo. Algunas características coincidían con un cuerpo cuyo levantamiento se había efectuado hacía poco tiempo y, debo confesarte, sentí debilidad, náuseas.

Esperamos el ingreso a "las neveras" como les decían los funcionarios de la morgue a las cavas o gavetas de conservación de los cuerpos y al ingresar, tanto el frío, como el olor a formol y pasillo de hospital me perturbaron al punto de pensar que realmente ese sitio era la residencia terrenal de la muerte.

Frente a la gaveta, que supuestamente contenía tu cuerpo, me invadió una nostalgia como de tiempos perdidos, de cosas sin contar, de experiencias no vividas, de levedad. Percibí, así mismo, la desazón de tu madre quien se aferró de mi brazo como un naufrago de una tabla, sin saber que en ese momento yo no podía ser soporte para nadie.

El funcionario notó nuestra lividez y advirtió que si no estábamos preparados era mejor que nos tomáramos nuestro tiempo, pero no quisimos prolongar más la espera y solicitamos terminar la diligencia de una vez por todas.

El ruido de la gaveta al salir se confundió con un vaho de frío y olor antiséptico, pero de inmediato supe, sin ver el cadáver, que no eras tú, no sé explicar por qué.

Una vez levantaron la sábana despejamos las dudas, aunque debo reconocer que el parecido de la mujer con las descripciones dadas admitía confusiones... Para mí, más que físicas; como en el aire de belleza, de altivez, de tranquila serenidad que a veces expresabas.

Cuando salimos de la morgue nos golpeó de frente un sol insolente y despiadado, que encandiló nuestro ojos, y debimos sortear a cuatro o cinco sujetos ofreciendo servicios funerarios en una rapiña que los asemejaba a las aves carroñeras y tu mamá juró que no volvía y me encomendó estas diligencias, para el futuro, en honor de *nuestra relación* y de su sensibilidad ofendida. Sin embargo, debo decírtelo, reconocí en esa mujer a un ser humano distinto al que hasta en ese momento escasamente conocía y vi en su rostro, más que contrariedad o asco, la desazón de la tragedia.

Caminamos largamente en silencio y nos alejamos, con paso lento, de ese lugar que uno no espera volver a encontrar en su ruta, con la certeza de que hay caminos que lo hacen inevitable.

//

*Te rescataré, te rescataré,
Los guardianes pierden el honor...*

Soda Stereo.

Una vez abandonamos la morgue, tu madre y yo, me di cuenta que, como siempre, estabas sola. Más sola que nunca. Tuve una sensación de desamparo compartido contigo y creció en mí la determinación de encontrarte estuvieras donde estuvieras.

De inmediato me dirigí a las oficinas del Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía, para averiguar cómo avanzaba tu búsqueda. Ingresé por la portería del moderno edificio, después de superar un control de seguridad como para entrar al pentágono y esperé gran parte de la mañana al investigador a cargo del caso.

En una cartelera, pegada a la entrada de la oficina, estaban expuestas las fotos de innumerables personas, de todas las edades, condiciones, sitios de origen, con un pequeño resumen del sitio, día, hora y condiciones de desaparición. Me asombró la cantidad de gente que se encuentra en idénticas circunstancias.

Al fin me atendió un funcionario:

- Carmona, José Carmona para servirle-, se presentó con desgano.
- Hombre que vengo por lo de la señorita Gabriela Martelo - le dije con ansiedad.
- Ah sí, ¿ya regresó?,
- no hombre que quiero saber cómo va la investigación,
- ¿cuál investigación?,
- La búsqueda quiero decir - le contesté casi gritando.
- A ver, a ver, permítame le explico:

"Para nosotros hay dos clases de desaparecidos: los voluntarios, que se van para que otro suelo o persona los cobije o huyéndoles a las deudas, por ejemplo, y las ocasionadas por secuestros, suicidios, muertes violentas, tráfico de personas y otras circunstancias que después le detallo, pero que en resumen, pueden ser por

acción de los grupos de extrema derecha o de extrema izquierda, o de delincuencia común, en fin, en este pueblo es fácil jugar a las escondidas.

La señorita, en comento, dadas las señas particulares y los elementos sueltos que me refiere, no parece encajar en estas últimas, por lo cual mi olfato de investigador me permite determinar que si decidió desaparecer hay que esperar un tiempo prudente por si de pronto cambia de parecer”

– ¿O sea que no la están buscando?

– A ver, a ver, contextualicemos: en este país anualmente desaparecen cerca de 4 mil personas, imagínese un investigador a la pata de cada una y le puedo asegurar, con ojo de buen cubero, que de cada diez, cinco se van porque les da la gana, porque quieren vivir aventuras, cambiar de vida, que sé yo y regresan después de semanas, meses, años, si regresan – explicó con un largo bostezo.

– ¿La están buscando o no la están buscando?

– Hombre, hombre, no sea impaciente. Primero, se debe realizar un estudio del perfil, sus hábitos, su relación familiar, situación emocional y económica y todo lo que nos permita construir un caso; bueno, bueno, y a todas estas, ¿Usted quién es?

No te puedo describir la desesperación y soberbia que sentía de solo escuchar al personaje, pero me sirvió para establecer que te tenía que encontrar por mis propios medios.

Salí resuelto para nuestra casa, debía iniciar de inmediato tu búsqueda de manera metódica y planificada, construyendo todo lo necesario para encontrarte.

Me senté frente al computador y elaboré un aviso con tu foto y rasgos particulares y una leyenda en la cual solicitaba información sobre tu paradero, con el teléfono móvil número 3124556789 del CTI, mi correo electrónico, apartado aéreo y no recuerdo cuantas cosas más que facilitarían el reporte de información.

Una vez tuve listo el volante, fui a un centro de copiado y solicité mil copias de un mismo original. Serían las primeras mil copias de muchas miles que pegaría después.

Mientras sacaban las copias me dirigí a nuestra casa y en la tienda de *lichigos* de la esquina compré medio bulto de yucas para preparar engrudo. Una vez todo estuvo listo, salí a la calle con el primer paquete de fotocopias, un balde y una brocha

vieja y comencé a pegar los pasquines en cuanto pared, poste, puente o espacio propicio veía. En un almacén me echaron los perros y en la pared de un solar me detuvo la policía. Era prohibido ensuciar las paredes... ¡Ensuciar!

Ese día terminé de pegar los volantes y de regreso a casa empezó a llover. Una leve llovizna al comienzo que fue arreciando poco a poco, tras mis pasos, hasta convertirse en uno de esos vendavales bogotanos, con lluvia, viento fuerte y verdaderos ríos de los cerros. Me arrimé a un alero para protegerme y vi pasar los volantes desleídos por el agua... Mis lágrimas se confundieron con la lluvia y decidí continuar mi camino.

Luego de mil pasos solos bajo la lluvia y una tristeza pesada, como de plomo, volví a casa. Me desgoncé en el sofá y pulsé el contestador telefónico:

– ¡Señor Raúl Emiliani comunicarse con el bufete...! –

Ese mensaje tres veces. No quería volver al trabajo. La última semana había asistido en las mañanas, organizaba y desorganizaba los expedientes y me sentaba como un zombi frente al ventanal que da a la avenida a mirar a los transeúntes deseando verte. Creo que sólo querían verme para despedirme. Lo que más me molestaba eso que llenaran el buzón de mensajes y de pronto tú no pudieras comunicarte. Los iba a insultar por estúpidos.

Cerré los ojos y pasó la tarde.

A altas horas de la noche un frío que me calaba los huesos me despertó y me levanté a preparar café, ya no tenía sueño. Me senté frente al computador y revisé mi correo electrónico, ¡oh sorpresa! ¡Diez mensajes nuevos!

De inmediato los consulté uno a uno y me di cuenta de que ocho venían de la misma dirección Argos_Argos@... y contenían el mismo texto:

“Hermano vi a la hembra en una “olla” en el centro donde fui a comprar una “bicha”. Estaba cerca de las bodegas de cartón del “Bronx” con un par de mancos.”

Vaya rápido a buscarla y pilas porque se la destartalan”

Me dio alegría y rabia, cómo era posible que estuvieras en esas andanzas, hasta dónde te habían llevado tus *juegos psicológicos experimentales*, que clase de juego de rol era este ¡Por Dios!

Pero no cabía en el cuerpo de la dicha, al fin aparecías, ¡al fin; al fin!

Me puse un saco de lana sobre la ropa húmeda y salí corriendo hasta la calle, no había nadie, no pasaba nada, aligeré el paso hasta el parquecito y pasó un taxi le hice señas y como no se detenía pegué un alarido que lo hizo detener en seco:

- ¿Para donde va mijo? – preguntó, sacando la cabeza por la ventana.
- Para “El Bronx” – respondí sin pensarlo.
- ¡No papá cómo se le ocurre! – contestó y comenzó a subir la ventanilla del conductor.
- Bueno, bueno hasta el centro – rectificué.
- ah, así sí, súbase no más –
- Lo más rápido que pueda por favor – insistí.
- tranquilo como un bólido, pero que va a hacer por allá me lo pueden lastimar, si quiere una bicha aquí no más se la consigo- abrió la guantera del carro.
- no hombre voy por una mujer,
- ¡Uy, pero que clase de mujer!

Me quedé callado, me ofendió lo último que dijo y además no tenía porqué explicarle nada, me miraba por el espejo retrovisor con ojos inquisidores, conducía bastante rápido y se pasaba los semáforos en rojo, en la esquina de la calle décima con Caracas, paró:

- ¡Son veinte papá! – dijo extendiendo la mano.

Saqué la billetera y le entregué dos billetes húmedos, – en ese estado son treinta – lo mire con furia y le tiré los tres billetes y me bajé del carro cerré la puerta y me gritó - ¡No se le olvide escribir la última voluntad! –

Comenzaba a amanecer, sobre el andén una mujer vendía tinto con limón y bebidas calientes a los taxistas, y una brisa helada golpeaba el rostro, sin clemencia. Caminé despacio por la calle 10 hacia la carrera 15, verdaderos fantasmas se cruzaban en el camino, caminaban en todos los sentidos, en la carrera 15 acurrucados contra la pared dos niños que parecían bonzos bajo

grandes sacos tapándose la cabeza y las rodillas, avancé por la carrera 15 y se me acercó un encapuchado con el rostro tiznado,

- Una bicha parece – dijo
- No parece – contesté.
- Panela para la “terapiada” –insistió.
- No parece – repetí firme.

Al final de la carrera quince se rezagó y un hombre que jalaba un carromato comenzó a balbucear algo que yo no alcanzaba a comprender, caminaba y me daba alcance balbuceando algo, involuntariamente comencé a temblar, sentí la proximidad de alguien, no sé y un golpe seco en la cabeza me botó de bruces sobre el cemento, se me nubló la vista, alguien me arrastraba por los pies y todo se desvaneció...

Cuando abrí los ojos un olor penetrante a “bazuco” invadía un lugar oscuro y personas agachadas contra las paredes fumaban y fumaban, algunas murmuraban, otras se reían con una risa hueca y constante, la cabeza me dolía y sentía una pasta seca pegada al pelo, era un pegote de mi propia sangre, poco a poco se me aclaró la mente y entendí que estaba en un sopladero, esos sitios donde los viciosos se encierran a meter vicio casi hasta morir, y me di cuenta que estas personas eran las famosas momias, es decir, los viciosos “terminales”.

Trate de pararme, pero me desgoncé nuevamente, creo que estaba “trabado” o por lo menos en trance de traba. Pasó un rato largo. De pronto alguien tocó mi hombro y me extendió la mano, tomé su mano y me impulse hasta ponerme de pie, y seguí al hombre hasta una lucecita que se veía al final de un corredor amplio y sucio, lleno de cartones, el piso estaba frío y yo estaba descalzo, en ese instante me di cuenta que apenas tenía mi franela puesta y el pantalón sin correa, los bolsillos estaban al revés y no tenía mis documentos. Caminé como por inercia, apoyándome contra las paredes, aún mareado, al llegar al final del corredor me di cuenta que la luz venía de la calle a través de la rendija de la puerta.

El hombre, de estatura baja, más amorfo que gordo, con el cabello grasoso y la mirada escrutadora, se sentó en un asiento pequeño de madera, frente a una mesa, y me habló:

- ¡Quiubo chino!, veo que ya pasó el bautizo, ya es cliente, bacán, ¿cuándo vuelve?,
- me quedé callado,

– Bueno como quiera chino – abrió la puerta y me empujó- me llaman “Guadalupe” no lo olvide, chino, aquí hay que pedirme permiso para entrar al “Bronx y a Cinco Huecos”, lo pueden confundir con un toambo y lo pelan chino, no lo olvide, ¡no lo olvide, chino!

Caía el atardecer, había pasado casi todo el día en ese antro y no sabía nada de ti, como pude caminé de regreso a la calle diecinueve, donde ya salían las primeras prostitutas que me miraban con lástima, me arrimaba a las paredes para no caerme me quedé mirando a una de ellas y me recosté sobre un muro para tomar aliento.

La prostituta se me acercó y yo levanté la mano para poner distancia, ella me hablo suave, como amansando a un caballo:

– Tranquilo, tranquilo, pobre chino como lo dejaron, seguro lo bautizó “Guadalupe”,
– dije que sí,
– claro, pobre chino, ¿si ve eso le pasa por vicioso?, ¿lo dejaron limpio?,
– afirmé con la cabeza,
– tome estos centavos y váyase de aquí, no vuelva,

Estiré la mano y tomé las monedas. Caminé despacio por la carrera décima hacia la calle diecinueve, conté las monedas, me alcanzaba para un bus “pulgoso” como le decían a las cafeteras que bajaban por la décima desde los barrios del sur, hasta el extremo norte de la ciudad, pero no paraban, tenía un aspecto lamentable.

La gente pasaba a mi lado y se apartaba rápido, como si tuviera la peste, varias veces traté de parar el bus pero seguían de largo, continué caminando hasta un semáforo en la calle veintidós, esperé que parara un bus y me subí antes de que cerrara la puerta, el conductor me pidió que me bajara, pero crucé la registradora y le hablé con decisión: no hermano le pago el pasaje y viajo tranquilo, no soy un loco ni cosa parecida es sólo que me atracaron no más, el hombre me miró, los carros detrás comenzaron a pitar, se sentó de mal genio y reinició la marcha con una acelerada a fondo.

Me senté en la última banca, ante la expresión de asco de los pocos pasajeros y cerré los ojos, dos lágrimas gordas rodaron por mis mejillas, no por lo que me había sucedido, lloraba por no haber podido saber nada de ti. Me venció el sueño y la fatiga, nadie fue capaz de despertarme hasta el paradero del bus.

Tarde en la noche crucé el parquecito y llegué a la casa. Una vez en el jardín me acordé que perdí hasta las llaves, rodee la casa, la única forma de entrar era saltando la barda del patio, con qué alientos, pero tocaba, busque unas piedras y las amontoné, con el temor de que algún vecino llamara a la policía, y salté al otro lado, ¡al fin estaba otra vez en nuestra casa!



Dormí hasta tarde al día siguiente. Me dolía la vida, me dolía la incertidumbre, me dolía mi estupidez.

Quería seguir durmiendo. Sonó el teléfono y pegué un salto, me enredé con las cobijas y las tiré a un lado, alcancé las escaleras, las bajé de dos en dos y se prendió el contestador, "Señor Raúl Emiliani comuníquese con..." ¡Malditos, malditos!

Me metí a la ducha y dejé que el agua caliente corriera por mi cuerpo, por largo, largo rato hasta que se me despejó la mente, me envolví en la toalla y lentamente caminé hasta la cocina para prepararme un café caliente.

Regresé al computador, lo encendí y revisé mi correo, más mensajes, otra vez "Argos":

"Hermano, que pasó, ¿no encontró a la mujercita? Es la hembra que anda con "Comanche" y "Calixto", créame yo la conozco bien, con refinado detalle... mejor que usted", de inmediato le contesté: hermano quién es usted, ¿qué quiere?

No hubo respuesta.

Decidí tomar apuntes para organizar las ideas, en papelitos que iba acumulando en las páginas del Ulises, para marcar la lectura, como sabes, siempre me acompaña un libro bajo mi brazo izquierdo.

Cada dato podía servirme. Recordé de pronto que alguna vez me mencionaste a un tal Calixto, esa pista tal vez sería útil para Carmona, si le daba la gana de escucharme.

IV

*Me dejarás dormir al amanecer,
entre tus piernas, entre tus piernas...*

Soda Stereo

Un periódico viejo, una foto. "Tiene 22 años, desapareció el pasado 23 de marzo en el barrio La Candelaria, centro de Bogotá. Cualquier información comuníquese al Cuerpo Técnico de Investigación, CTI, de la Fiscalía en Bogotá en el teléfono 34450288. La última vez que la vieron, vestía un bluyín, una blusa blanca, un abrigo, botines negros..."

En cambio la última vez que te vi, cruzaste el umbral de la puerta, soltaste tu blusa de seda y me dijiste "algo en mí está por educar".

Algo en mí está por educar. Era tú grito iniciático de guerra, para latigarme la sangre, tensarme los músculos, producirme salivación; después me ceñas contra tus tetas de duro pezón oscuro y susurrabas a mi oído:

"He venido con toda mi piel para tu lengua, tu látigo caerá sobre mi espalda lacerando mi anhelo, el fuego de mi deseo despertará nuevos instintos, nuevas fantasías y los frutos de mi pasión brotarán como cascadas sonoras de un piano..."

Lo recuerdo ahora y lo recuerda la excitación de mi cuerpo al percibir nuevamente tus olores, tus sabores, tus ansias.

Ese día mi frenesí no apaciguó tus ardores, no colmó tus fantasías, ni alcanzó el abismo de la entrega absoluta que exigías al penitente que intentara seguir el ritmo loco de tus requerimientos.

Y te dejé ir, me quedé tranquilo, como ocurría en esos raros instantes cuando salías a calmar las urgencias, en el bar de los "niches" o en el Viejo Almacén, al son de los tangos, donde no faltaría la lascivia en la mirada de los "tipos", como les decías, con sus peticiones respirando en tu nuca y sus palabras *quiero metértelo flaca, la chupadita de hoy nena, mira como me lo pones* y tú les seguirías sus pasos para complacerlos en el primer rincón oculto, en el callejón cerrado o en cualquier recoveco que permitiera dos cuerpos contorsionados hasta las posiciones imposibles.

Y si por algún motivo, inexplicable a los ojos de un observador desprevenido, faltara en los bares conocidos el valiente que retara el furor de tu animal oscuro, caminarías hasta el parquecito de la calle Palomar del Príncipe o al Chorro de Quevedo donde fijo *levantarías* bohemios que castigarían la noche en el altillo de “Olor a Café” o acaballados sobre tu cuerpo contra la pared de la trastienda.

Luego me contarías las proezas y deleitarías mi imaginación voyeurista con detalles y suspiros para reiniciar nuestra propia batalla en el piso, sobre la mesa, al borde de la ventana, en el pasillo de las escaleras, con toda la piel, el sudor, la sangre, la saliva, las ganas.

Ganas sí, siempre fue ese nuestro hilo comunicante. Ganas como las que siento ahora, pero de naturaleza distinta, ganas, Gabi de mi alma, de saber cómo ocurrió lo que ocurrió...

¿Recuerdas como comenzó nuestro desvarío? Avanzabas por la calle 45, rumbo a la Nacional, venías con tu uniforme de colegiala, que ya te quedaba corto; a tu lado caminaba una mulata de ojos claros, quien tiempo después sería nuestro juguete, y las seis pupilas se encontraron lentamente, se siguieron y nos marcaron el paso, casi hasta detenernos.

Confieso que hubiera seguido de largo, con mi vida pausada, mi paso tranquilo, inquieto pero seguro, de no haber visto ese rictus lúbrico bordado en tu boca.

Una vez detuve la mirada, contemplé el sobrio espectáculo de tu belleza: alta, voluptuosa, ojos de miel contra el negro del pelo, sobre el blanco bronceado de la piel.

¡Si en ese momento hubiera sabido lo que de ti aprendí!, tardío es el conocimiento cuando nos expone a la inclemencia del contrario.

¿Recuerdas lo que te dije?

- ¿Me permites unas palabras... tan sólo unas palabras?
- Claro, si son poquitas
- Son poquitas
- ¡Dilas!
- Seguiré tu paso, velaré tu sueño, querré a tus hijos, escucharé tu silencio, te cuidaré siempre, siempre, siempre.

En ese instante desgranaste tu risa, el caudal fresco de esa alegría tan tuya y me permitiste caminar a tu lado hasta los prados de la Universidad Nacional, despediste a tu amiga y conversamos toda la tarde sentados en el pasto del "Jardín de Freud".

El Jardín de Freud. Qué nombre tan propicio para un prado donde el amor y las drogas permitían ese aquelarre de creación, pasión y desvarió.

¿Recuerdas?, en ese sitio vimos sucumbir en las drogas a pichones de filósofos y proyectos de abogados, acompañados por sociólogos en ciernes y médicos en formación que ya no encontraban cura para su propio mal. Ahí, consumidos de amor hasta el tuétano, escuchábamos al poeta Gómez Jattín invocando a la legión de sus amigos para que entretejieran las fisuras de su alma.

Cuánta gente, amor, cuánto arte, cuánto drama, cuánta mente brillante envuelta en la bruma del alcohol y las drogas, del sexo de todos contra todos y contra el pasto, cuántos de nosotros en esa música loca, en esa algarabía sin ritmo ni concierto, danzando *el baile de los que sobran*.

¿Sabes?, entre muchos otros me acuerdo de "Parnaso" todo el día fumando marihuana y recitando poesía, de "Barrodulce" con sus eternos proyectos de esculturas monumentales, en fin de toda esa fauna que conformaba nuestro universo.

La Nacional siguió siendo nuestro lugar de encuentro, ahí pasábamos las tardes, caminábamos sin parar, jugábamos bajo la lluvia, nos colábamos en la fila del almuerzo, entrábamos a cine gratis en el cineclub de la Facultad de Artes y aprendimos a hacer el amor en los altos pastos de la capilla, en el confesionario, en los establos de veterinaria, en la cancha de tenis, en el rincón de la gruta, en los camerinos del Estadio o sobre las escalinatas de las graderías viendo los molinos de viento en su eterno girar y girar sobre su eje... Como nosotros amor, como nosotros.

Poco a poco construimos el tiempo de nuestra historia, segundo a segundo, desde las mañanas en clase, hasta los conciertos en la noche en el León de Greiff; gozándonos las rumbas en "El Castillo" o en "El Hueco", o desocupando los vasos en los aquelarres en torno a un canelazo; hasta que logramos convertirnos en sombra de nuestras sombras para compartir cada alegría y cada tristeza.

Pero, sabes, lo que más añoro, lo que en verdad me calienta muchas noches, es acordarme del año completo que pasamos en el apartamento de tus padres, haciendo el amor en las mañanas, al mediodía, en las tardes, sobre el prado del parque, en las escaleras de los otros pisos, en los pasillos solitarios hasta el amanecer.

V

*Sabrás ocultarte bien y desaparecer
entre la niebla, entre la niebla...*

Soda Stereo

En vano esperé a que volvieras, como sabías volver, con el alma complacida y la piel en calma, con los primeros rayos solares, abrazada a la complicidad de las amigas de un día o de una vida, o con los estragos lastimeros de un "guayabo" interminable.

Acostumbrado, como estaba, a tus desapariciones súbitas y sin tiempo, preparé el desayuno con jugo de naranja para curarte la resaca, te dejé servida la mesa y salí sin prisa rumbo a mi rutina de abogado o de oficinista calmo, demasiado tranquilo, para pasar el día sentado en ese espacio impersonal y desaliñado al que llamaba "el trabajo" solo por seguir con el ritmo cotidiano, acostumbrado, socialmente aceptable.

Ahí, frente a la cara de los demás empleados, aún más grises y apocados, trataría de esquivar sus saludos forzados o sus formalismos idiotas para poder entrar, con cierto temblor, a la Internet y navegar sin ruta fija hasta las páginas de cuentos eróticos que memorizaría para susurrártelos al oído en la primera oportunidad de la mañana, tarde o noche en que pudiera verte y pedírtelo "con estilo", como tú decías, una historia que de pronto sería de las de "sexo no consentido" con acoso, manoseo, insistencia, presión, tretas, sostenes rotos, dedos violadores y no, no, no y sí, sí, siiii.

Adicción del buscador en todos los portales, en todas las historias, al paso de las horas, ajeno al tiempo, al hambre, el frío, la humedad, con los ojos irritados, hasta las horas nocturnas y aun por encima del insomnio.

Insomnio que compartía con los navegantes que habitan la noche en el chat, pues solo en él y a través del mismo se forja la gran comunidad nocturna y de él descienden los ángeles a las rondas noctámbulas para habitar la vida real, la vida ajena de horarios, ajetreos, convencionalismos, falsos afanes, mientras los esclavos duermen su farsa cotidiana, sin presentir siquiera que son polvo en el viento, briznas de pasto marchito que se llevará el tiempo sin dejar el más mínimo rastro.

En las noches sin ti, salía a la calle y la oleada de frío que bajaba de los altos cerros barría las terrazas y golpeaba mi rostro, me lanzaba a la urbe siguiendo tu rastro, recorría las calles, cruzaba las esquinas, aligeraba el paso por las escalinatas de las viejas iglesias, ansioso, solitario, hasta la bruma nebulosa del amanecer. Presentía, en esos momentos, que si nuestros espíritus no se comunicaban, si no se entrelazaban sus esencias y sus soledades infinitas, estaríamos condenados una eternidad a vagar extraviados por ciudades cambiantes, donde desaparecen los árboles bajo el asfalto y la lluvia corre desbocada por las venas y arterias de la mole sin encontrar su camino al mar.

En cambio, si te encontraba viviríamos el delirio de nuestras fantasías, el goce pleno de tus propuestas alucinadas, como la vez aquella en que amanecimos solos apostando prenda a prenda en la barda de la taquilla del Museo de Arte Moderno, medio ocultos de los transeúntes de la carrera 7^a y un poco a la vista de los automovilistas que pasaban bajo el puente elevado de la calle 26 y hacían sonar sus bocinas ante la sorpresa de tus nalgas perfectas, ¿lo recuerdas?

Aún no comprendo cómo en esos instantes nos perdonó la muerte en esta fría ciudad nocturna de maleantes y mortajas.

VI

En la ciudad de la furia...

Soda Stereo

Creo entender la razón por la cual aceptaste de una manera tan rotunda mi presencia en tu vida. Ahora veo con nitidez como lo que debía ser tu familia no era más que un amasijo de interés y desamor, tanto o más como el que yo habitaba en la soledad de mi cuarto de pensión para estudiantes de provincia; acepto que en ese momento no lo entendí a cabalidad, ese fue mi error, pero ese fue el germen de todo tu desquiciamiento. Sin embargo sospecho, a pesar de todo, que eras la persona más sana de esa tríada de locos.

Nunca me sentí cómodo frente a ese ser distante y frío que fungía como tu padre y esa mujer desangelada y arribista que asumió la pesada carga de criar el retoño de un hombre que no amaba.

He pensado muchas veces que cualquiera que te brindara un poco de ternura o una palabra justa y oportuna, o tal vez una caricia fresca y desinteresada, hubiese llegado a tu corazón, como creo haber llegado, pero creo también que el deseo que despertabas en los hombres los alejaba de ti como a las olas de la playa.

Creo, sí aún lo creo, que la magia estaba en superar la barrera del deseo, en intentar hallar el ángel subterráneo debajo de tu piel, en navegar tus silencios, las miradas lánguidas, las melancolías sin fin, las explosiones de júbilo, hasta las orillas de tu calma.

Yo requería lo mismo, la fórmula estaba recetada de manera idéntica. Por eso presiento que íbamos al encuentro desde mucho tiempo atrás, nuestros pasos comenzaron a acercarse, tal vez, desde nuestra infancia y el unirnos sólo era cuestión de tiempo, simple sincronización en la mecánica de relojero de nuestra existencia para la aproximación a nuestro camino compartido.

Te busque por la calle del Palomar del Príncipe, avancé hasta el puente del barrio Egipto, transité los potreros aledaños al Planetario Distrital, donde alguna vez te encontré durmiendo el sueño extraviado de la noche loca, y comenzó a crecer en mí la desesperación de buzo ciego en esta ciudad de locos.

Recorrí La Candelaria de extremo a extremo, visité el convento de las monjitas, tu refugio esporádico; curiosamente se acordaron de mí y de la última vez que te fui a buscar, de tu desenfreno de ese día y de cómo me rompiste la camisa y surcaste mi rostro con tus uñas; sabes?, todavía te ven como una niña y te recuerdan con cariño a pesar de todo, realmente sentí en sus actos el significado de la palabra compasión; les pregunté a los muchachos del taller de arte, escrute la Casa de Poesía de Silva, las residencias de los teatreros, la casona de los hippie...

En la medida en que aparecían tus amigas ante la puerta y el teléfono repicaba, sin que nadie me hablara cuando contestaba, aumentaba mi rabia por tu insensatez, al principio, para pensar, angustiado, en tu suerte después.

Caminaba todo el día, sin importar la hora, el sitio, la lluvia, el sol inclemente, le mostraba la foto a todo el mundo, la pegaba en las tiendas, la repartía en los buses y sin falta la enviaba al periódico para que la publicaran en la sección de avisos de desaparecidos de todos los sábados.

¿Sabes?, aprendí a hablar con esos retratos. Los miraba fijamente y les preguntaba ¿y a usted que le paso?, luego leía las inscripciones debajo de las fotos y comenzaba a hilvanar las historias; *hombre 42 años, salió de su casa elegantemente vestido y un maletín con todas sus cosas*, umm te le escapaste a la esposa y a las deudas, pensaba; *niña 14 años, salió del colegio rumbo a su casa y jamás regresó*, tal vez fuiste la víctima de un sádico oportunista; *comerciante 55 años, no regreso de una cita de negocios*, víctima de la ambición vulgar...

A veces soñaba que venías acercándote a la casa, que una jauría de perros te perseguía y en la última esquina gritabas mi nombre y entonces me despertaba agitado, sudoroso y corría a la puerta o a la ventana para ayudarte... Después me quedaba armando y desarmando mil posibilidades y si estuvieras aguantando frío en algún rincón, en alguna calle oscura o solitaria, y si tuvieras hambre o sueño o una de tus tristezas profundas, y si de pronto te raptó una banda de locos y no encontraras como escapar... Hasta que me quedaba dormido nuevamente con los ojos despiertos.

Se me puso grande la cabeza de tanto pensarte, de pensarnos, de intentar descubrir qué te separó de mi paso, dónde te perdí la huella; sin embargo, te lo confieso, también tenía temor de descubrirlo. Yo sé que en la cotidianidad de la pareja no falta el pequeño descuido, la distracción más simple, el desvío involuntario, la minucia que fastidia, el detalle que falta o que sobra, en fin, tantas

cosas insignificantes que en un momento determinado pueden representar tanto, pero no lograba descifrar qué podía ser, cuál podía ser la clave de este acertijo.

Al cabo de los días comencé a llamar a todas partes, en tu casa me colgaban el teléfono una y otra vez, que si no sabía yo dónde estabas, quién, hasta que el tiempo le ablandó el corazón por su única hija a tu endiablada madre quien, después de agotar todas las posibilidades, me pidió que la acompañara, primero a los hospitales y por último a la morgue, ante la negativa de tu querido padre y siguiendo las instrucciones de la policía.

Me resistí hasta el final a acompañarla, no por las diferencias con ella, sino por preservar las ilusiones de nuestro reencuentro grande, con mil historias nuevas, o finalizando la trama de algún juego de rol que se nos quedó pendiente.

Sí, así es, no descartaba la posibilidad de que llevaras al extremo alguna fantasía susurrada en una de nuestras montañas rusas o incluso que estuvieras urdiendo la trama para hacer realidad el más loco de los sueños eróticos, sabes bien que solo entendíamos los límites por la posibilidad de violarlos.

Pero, al final, pudo más la insistencia de tu madre y cierta percepción de realidad fatídica que crecía en mi interior y me decidí de una vez por todas a buscarte en el último sitio donde jamás pensé que algún día pudiera encontrarte.

VII

*El eclipse no fue parcial
y segó nuestras miradas...*

Soda Stereo

¿Cómo nos llevó la vida en esos cuatro años de viaje compartido hasta esta instancia de incertidumbre?, creo saberlo. Al ritmo de tus altibajos de bipolar, con tus cumbres endiabladas de mundos mágicos y proyectos sobrehumanos o bajo el opresivo sino de tu melancolía sin remedio.

Tus fases maníacas eran absurdas y delirantes, pero construías unos mundos surrealistas con una imaginación y una fuerza que me hacían sentir un primate extasiado, no tenías límites, nadie, nadie te podía detener o ponerle término a tu energía arrolladora.

Pero cuando te atacaba la "malparidez existencial", como le decías, no había nada en el mundo que pudiera recomponerte el ánimo. En más de una ocasión temí que intentaras suicidarte para salir del pozo profundo de tus melancolías.

Claro que lo más difícil fue acostumbrarme a vivir con tus decisiones repentinas "hoy vendemos la casa", "mañana nos mudamos para la playa", "boté todas las cosas para que las compremos nuevas", "no quiero volver a la universidad", "mandé a los del trabajo para la mierda"...

Siempre iba tras tu paso como un penitente explicándoles a los demás, lo inexplicable de tu conducta, pidiéndoles que no te contarán que yo les conté, pero a veces no alcanzaba a remendar los trastos rotos.

Después aprendí a manejarte los estados de ánimo y a esperar el cambio de la marea. Ya identificaba las señales o presentía los síntomas cuando te daban tus crisis de insomnio y comenzabas a desarrollar tus planes para alimentar a todos los niños abandonados del mundo o brindarle techo a todos los ancianos que deambulan como mendigos en la ciudad; o provocabas esas interminables batallas sexuales entre las sábanas, excitando una y otra vez nuestro deseo, como yesca que acecha el fuego, hasta el primer rayo de luz.

Todavía no sé cómo podía soportar tus repentinos cambios de humor y de parecer. Sospecho que por ese sentimiento de unidad absoluta que me brindaba tu compañía y por el deleite de tu entrega sin condición ni esperanza.

Amor, nunca te lo dije, nunca lo susurré a tus oídos, ni lo expresé en el chat, ni lo dejé en claro al calor de las almohadas, pero comprendí la gracia de estar vivo a tu lado; en verdad, sin tu presencia en mi vida sería un zombi más, como esos que trabajan, procrean, comen, viven y mueren en torno a cierta alegría bobalicona que se confunde con la felicidad.

Siempre amé esa voluntad de entrega, esa absoluta disposición para entrelazar nuestros pasos, para fusionar los sueños, el amor, la piel, el rojo de tu ardor, con el gris de mi vida cotidiana.

Por eso, tal vez, te matriculaste en la Nacional, contra el parecer de tu familia, tan arribista, para poder estar juntos y vivir días completos de felicidad y locura.

Siempre supuse que lo hiciste por esa razón, pero ahora recuerdo que alguna vez me contaste que habías decidido estudiar psicología, para intentar conversar con los demonios que llevabas dentro, para poderle responder a las voces que te hablaban y no te dejaban en paz.

Si hubiera entendido esas palabras, si hubiese descifrado el significado singular y profundo de esa confesión, Gabi, Gabi...

VIII

LA BÚSQUEDA.

*Caminaré entre las piedras,
hasta sentir el temblor...*

Soda Stereo.

Cuántas historias, cuántos caminos, cuántos sitios recorrí con la esperanza de encontrarte, no sé.

Recopilé todos los indicios, todos los hilos que pudiesen tejer el camino hacia ti, hasta las hipótesis más absurdas.

Que te vieron caminando por la Plaza España vestida de andrajos, siguiéndoles el paso a los hombres como una sonámbula; que pedías limosna acurrucada en las escalinatas de la iglesia del barrio "Veinte de Julio"; que estabas con unos traquetos en Melgar, desocupando hasta la última botella de los bares; que apareciste en una cámara escondida filmada en Medellín; que habitabas una playa desierta en un pueblito de Córdoba, en la costa Caribe colombiana, en compañía de un pescador.

Las historias se multiplicaban en la medida que se iban desvirtuando y cada vez eran más osadas o fantasiosas, pero yo no descartaba ninguna, no dejaba lugar sin visitar o detalle sin dilucidar, preguntando, inquiriendo, mostrando tu foto, pegando pasquines en las paredes, en los postes de la luz, frecuentando los cuarteles de policía, los periódicos locales, las estaciones de radio, caminando de un lado a otro de manera incansable.

Le mandé cartas a la Fiscalía, la Procuraduría, la Defensoría del Pueblo, la Presidencia de la República, las ONG de derechos humanos, las asociaciones de listas de desaparecidos, y la respuesta era siempre la misma "después de una exhaustiva búsqueda, sin resultados..."

Seguí paso a paso las historias una a una, investigué los lugares descritos a través de todo el país, deseando encontrarte a la vuelta de la esquina, llevándote en el hueco de las manos, inquiriendo en los ojos de los otros, en los perfiles lejanos que perseguía en veloz carrera... ¡Ay amor!, deseando abrazarte en ese instante,

acariciarte la mejilla, estrechar tu cabeza contra mi pecho, hasta que regresáramos a casa, amor, a casa; a esa casa nuestra decorada con tus manos, moldeada con tu gusto, donde pasamos tantos momentos que añore con delirio.

Y bueno, siguiendo esas pistas, atendí otra llamada del detective Carmona, y pude observar esa foto que él me mostró, donde aparecías con un tal "Calixto" al lado de una gran Cruz y como trasfondo un puerto... Era en Venezuela, en Barcelona, más exactamente en Puerto de la Cruz.

IX

*Te vi que llorabas,
te vi que llorabas por él...*

Soda Stereo.

La foto la encontró en el maletín de Calixto, quien había caído en el Aeropuerto Internacional El Dorado intentando ingresar dólares al país.

Sabes, me asombró mucho el parecido que yo tenía con el tal Calixto; igual de alto, tal vez uno con ochenta o un poco más, trigueño, algo más moreno, ligeramente más fornido y pelo crespo, quizás también era del Caribe como yo, la misma edad, unos treinta años, tal vez, pero algo en él me era familiar... no sé, de pronto recordé que alguna vez lo había visto rondando la casa de tu abuela o conversando con ella, no logro precisarlo, pero en algo me era familiar.

En cambio tú te veías radiante, muy bronceada, con tu pelo ensortijado, una sonrisa como pocas te había visto... Era evidente que la felicidad te desbordaba y apretabas fuertemente su mano, con total determinación.

En el interrogatorio aceptó conocerte desde niña, te identificó como una de sus amantes esporádicas y confirmó que había viajado contigo a Venezuela, pero que el regreso lo había hecho solo, porque te habías quedado con un francés que conociste en un balneario llamado Chichiriviche.

Carmona no estaba satisfecho con la explicación y le inquirió mayor información; Calixto hizo un bosquejo tuyo desconcertante... Bueno para mí desconcertante: afirmó que habían sido buenos amigos y amantes desde las épocas del colegio, que incluso habían sido novios y que dormía contigo en la casa de tu abuela, en el barrio Santa Fe, que últimamente, desde que ingresaste a la universidad habías cambiado un poco de amigos y algunas noches te quedabas con tus padres o en otro lugar que él no conocía o no podía establecer, pero que en general seguían siendo amantes y un poco socios en los negocios toda vez que bailabas en un club nocturno que él protegía algunas noches... y que en cierta forma te consideraba su mujer o, de manera más precisa, lo definías como tu marido.

Para Carmona había algo que no encajaba en todo esto, o ella o nosotros o los tres estábamos jugando unas escondidas inversas, es decir, donde todo el mundo se esconde pero nadie busca.

Eso me perturbó, las palabras de Calixto me afectaron la percepción de las cosas, pero al fin y al cabo eran palabras de un delincuente... Pero lo que en verdad sacudió toda mi estructura fue la certeza de la foto, esa imagen no mentía. Por eso viajé a Venezuela.

Fue un viaje descabellado y sin un plan preconcebido, no conocía Venezuela y no había un punto de referencia para buscarte pero partí con tu foto y para mí cualquier acción tras tu pista tenía lógica y se justificaba. Además, contrario a las anteriores ocasiones había dos lugares ciertos donde buscarte: Puerto de la Cruz y Chichiriviche.

Caracas fue desconcertante y me mostró el tamaño de mi empresa; contrario a las ciudades colombianas la capital venezolana tiene un frenesí y un ritmo caribeño que contagia tan pronto la pisas, pero es a su vez una metrópoli descomunal sin principio ni fin, donde se confunden la extrema riqueza y la extrema pobreza en una amalgama increíble.

Carmona me había dado los datos de un detective privado, ex funcionario de la PTJ de Venezuela, amigo personal de él, y quién se dedicaba a cualquier cosa que dejará unos buenos "Riales".

Bien, el personaje tenía sus oficinas en el centro de Caracas, en Sabana Grande, y se presentó tan pronto toqué su puerta:

- Hola chico, David Castro, para lo que mandes, más conocido como "El Buerpe", dime no ma´.

X

El Buerpe observó los datos que le llevé y se puso en contacto con amigos de la Policía Técnica Judicial para averiguar registros de inmigración y pasajeros de entrada y salida de Venezuela.

Localizó tu rastro, y supimos que en efecto habías entrado a Venezuela acompañada del tal Calixto, pero perdimos la pista en Puerto de La Cruz, una ciudad costera del Oriente Venezolano, con un calor infernal y un ambiente decadente de puerto del Caribe.

No sabíamos si te habías embarcado en un Ferri para la Isla de Margarita o si de pronto te habías dirigido a otro balneario.

De esa duda nos sacó Carmona, quien nos dijo que buscáramos en Chichiriviche, un veraneadero aún más sórdido que Puerto de la Cruz, allá llegamos.

Revisando los hoteles y los estaderos, pudimos hallar tu rastro en Villa Dominique, un hotel algo reservado para los franceses y supimos que habías estado ocho días hospedada en la villa del señor Martin, un francés de unos cincuenta y cinco años, atlético y con un fuerte tufo a vodka.

El Buerpe se hizo pasar por policía técnico y Martin nos dijo que en efecto había estado contigo ocho días y que te habías devuelto para Colombia, no sabía por cual medio y que incluso se te había quedado una blusa... tu blusa blanca, ¡la que te regalé!... Mírala, todavía la conservo, todavía huele a ti.

XI

- Me llamo Calixto, calidad para los amigos, usted llámeme como el de la gana.
- Sólo dígame en dónde dejó a la hembra y listo hermano el veraneo en este patio puede ser más corto, yo me encargo de eso.
- Ya se lo dije Carmona, la hembra se quedó en Venezuela, ya era una niña grande.
- A ver viejo Cali, vendió a la pelada, la cambió por algún pase de droga...
- Mire tombito huevón, me va respetando, es mi mujer, no la cambio, no tráfico drogas, lo mío es el arte, una mujer de esas no se cambia.
- Y lo del franchute
- No soy celoso, ¡ella también tiene derecho a sus polvos!
- Y la dejó sin más
- Quedamos de vernos acá en ocho días, todavía la estoy esperando.
- De pronto le endulzaron el oído
- Guárdese sus mariscadas, para eso hay que ser un hombre, Gabi no es ninguna tonta y tiene palabra, ¡aquí llega!
- Es una posibilidad
- No la conoce, no especule.
- Listo, disculpe Cali, pero tiene algún otro dato, vea que me está debiendo el cambio de patio...
- Yo pago mis deudas, ella me dijo que cuando llegara a Bogotá tenía que hacerle una vuelta a los Guardias de la Revolución.
- Los mamertitos esos de la Nacional
- Yeaah, los mismos, niñitos que juegan a la guerra todo el día
- Bien, buen dato, es una pista interesante Cali, hasta la próxima.
- Cuál próxima, mire a ver si me saca de este roto.

XII

*Me veras caer como
un ave de presa...*

Soda Stereo.

Caminé por la carrera décima, hasta la dos de la madrugada, en línea recta y sin detenerme desde los puentes de la veintiséis, hasta la calle once Sur y observando cada vagabundo, cada loca que pasaba, cada limosnera, a los recicladores de basura.

Tenía que regresar, esta vez la indumentaria sería diferente, la estrategia también, había que buscar a un "pepo" en el Jardín de Freud que conociera un contacto o que fuera cliente de la olla de "Guadalupe"

Quién lo creyera, me ayudó "Mario Boleta". Con esas ganas que te tenía. Recuerdo la vez que logró embolatarte con ron en los canelazos y si no es porque me pareció que no estabas en tus cabales, bueno es un decir, no te encuentro detrás de la capilla con los calzones abajo, ¡la zurra que le di!, ¿te acuerdas?, pero ya ves me ayudó.

Me contó que a "Guadalupe" le decían así porque la policía, en una limpieza social, lo había votado por esos cerros después de pegarle varios tiros y se salvó arrastrándose como un reptil.

Con "boleta" armamos una estrategia con dos posibilidades: el ofrecería plata, para ir por las buenas, en cierta forma era cliente, a veces compraba bloques de bichas para venderlas en la Nacho, y eso le permitía una entrada y yo, por mi parte, me acercaría con Carmona y otros de su combo, para asustarlo.

Funcionó lo de "boleta", Carmona no quiso acompañarme.

Guadalupe contó que la última vez que te vio, estabas en compañía de "Comanche", su jefe, y Calixto, un duro del tráfico de arte, pero que mejor le preguntara al "Filósofo", un jíbaro de la Nacho que tenía alguna inclinación de Izquierda.

Localizar al "Filósofo" no fue difícil. En el Jardín de Freud. En ese sitio se la pasaba todo el día, allí traficaba y filosofaba todo el día sobre la diferencia de clases, el pueblo oprimido, en fin...

El jíbaro nos dijo que no te buscáramos más, que habías caído con otros "patriotas" de la Guardia de la Revolución y que tu sangre sería semilla de libertad.

No le creí ni una palabra. ¿Qué tenías tú de revolucionaria?, ¿cuál lucha?, ¿cuáles oprimidos?

Estas dudas solo me las despejaría el tiempo y los hechos.

XIII

Solo encuentro en la obscuridad...

Soda Stereo.

Regresé de Venezuela, sentí el frío bogotano tan pronto me baje del avión y me dirigí a la casa, a nuestra añorada casa después de tres meses de infructuosa búsqueda.

Al llegar a la casa encontré esparcidos por el piso cuentas de cobro, hojas de árbol, telarañas y polvo, mucho polvo. Preparé café y encendí la computadora. Al fin me contestó Argos:

-Bien hermano, ¿que quién soy yo? Argos, hermano Argos... Gabi siempre supo bien quien soy: chateábamos hacíamos el amor virtualmente; chateábamos, nos amábamos; chateábamos, nos hacíamos compañía; chateábamos nos erotizábamos, nos contábamos muchas, muchas cosas... Sin embargo, creo que nadie en verdad la conoció, no es por ofenderlo o molestarlo, no, no crea, yo lo respeto mucho, ella lo quería bastante decía que usted era su polo a tierra; sí, hablábamos de usted, a veces sólo de ella, a veces de nosotros, a veces de usted y ella, de cómo lo hacían, que decían, que susurraban, que intentaban... para hacerlo nosotros.

Sí, lamento mucho, igual que usted que haya desaparecido. La busqué mil veces en el chat, pero me vine a enterar en la vida real, leyendo el periódico... También he investigado, yo soy el que le envía pistas al flojo del Carmona, tengo todo un bloque de búsqueda virtual, soy argos en el ciberespacio.

Y bueno qué le comentó, le perdí el rastro, pero la pista del "Bronx" era correcta, reconfirmada, hubiera podido recuperarla, lo que pasa es que usted se saltó las instancias, los niveles de poder que enlazan los combos y gobiernan las calles y como comprenderá en la vida real no lo podía ayudar, va contra mi naturaleza, no salgo jamás, nunca me despego de mi computador... En verdad lo siento".

XIV

PASOS DE LA CANDELARIA

*Con la luz del sol
se derriten mis alas...*

Soda Stereo.

La calle empedrada se inclina y mi respiración se agita para alcanzar el esfuerzo; detrás de las paredes del barrio antiguo alguien dormita, alguien se inquieta por alguna cosa pequeña o se esfuerza por comprender la soledad, que siempre persigue a los sonámbulos; mis pasos resuenan en las calles y los olores me despiertan la memoria, cada esquina es un recuerdo y una pregunta, una duda, una suposición, vivo tras tus pasos en estos rincones de la Candelaria.

Paso frente al taller de arte y los bocetos de tus desnudos decoran las paredes, el dibujante me saluda y me pregunta por ti, casi me quita las palabras de la boca porque yo le iba a preguntar lo mismo, se siente tu presencia entre arcos y cuadros desajustados, avanzo hacia el Chorro de Quevedo y una música suave suena entre los tejados, un olor a hierbabuena impregna el ambiente y en las bancas de la calle del Palomar del Príncipe un teatrero viejo hilvana con las manos algún monólogo de montajes de otros tiempos.

Las calles terminan y vuelven a empezar entre la luz y la sombra de nuestros pasos idos, ya sin retorno.

He recorrido cada metro que transitamos tomados de la mano, he contado los pasos entre nuestros sitios favoritos, he observado los detalles finos de la ciudad dormida y he sentido el despertar de sus sonidos y las bocanadas de sus vapores al primer rayo del sol.

XV

Te confieso que sólo comencé a comprender tu verdadera naturaleza cuando te acompañé, por vez primera, a la visita a casa de tu abuela en el antiguo barrio Santa Fé. Ese sector del centro de Bogotá, donde el lumpen se da cita las veinticuatro horas del día.

Se me hizo increíble cómo tu abuela, con sus finos modales y su aire de aristócrata de otros tiempos, persistiera en vivir justo en ese lugar de maleantes y despojos poco apto para espíritus sensibles.

Ahí en los últimos recovecos de la ciudad, ella se quedó prendida en un instante del tiempo, en una época de balcones y encaje, con la música de José A. Calvo de fondo, al caer la tarde, y el aroma a chocolate fresco y almojábanas en la mañana.

Sus amigos se fueron muriendo y la familia, arribista y acomodada, tomo distancia como queriéndose alejar de la peste. Todo el mundo la olvidó, menos tú.

Las familias "bien" de comienzos del siglo XX, fueron trasladando sus residencias cada vez más al norte, en la medida en que la ciudad se expandía y se urbanizaba la Sabana. En cambio ella, conservadora hasta el tuétano, permaneció apegada a la casa de sus padres, y no se trasladó, ni siquiera cuando murió tu abuelo y se quedó sola, ni aun cuando las casas vecinas, abandonadas a su suerte por los antiguos propietarios, se fueron cayendo derruidas por el tiempo; ni siquiera cuando el barrio comenzó a llenarse de maleantes, ni cuando estos dieron paso a los expulsados y desposeídos de la sociedad y por último a las piltrafas humanas consumidas por la droga que lo convirtieron en esa telaraña de malevaje que es hoy.

La piel de ella se llenó de arrugas y la piel de la ciudad fue cambiando sin que ella reparara en ello, o sin que le diera importancia, y poco a poco cambiaron tanto los escenarios como los actores pero ella siguió ahí, actuando su monólogo interior.

De niña, cuando el desamor absoluto de tus padres para con ellos mismos y para contigo se salía de cauce, te dejaban por meses a su cuidado, hasta que más tarde cuando ya siendo una mujer echa y derecha la acompañabas en su soledad. En esas visitas podía observar que te chispeaban los ojos y te atraía con un magnetismo irresistible el malevaje de ese submundo que muchas veces fue la

cercanía inmediata de tu verdadero hogar. Creo que te identificabas con lo que muchas veces hizo parte de tu infancia.

De la mano de la abuela caminabas esas calles llenas de prostitutas y malandros, observabas a las mujeres semidesnudas y los cafetines de mala muerte repletos de borrachos y malevos.

Te trepabas por el muro del patio y veías a las coristas del burdel vecino bailar para sus clientes y desvestirse en una danza sensual que te aprendiste mejor que las lecciones del colegio. Ahí observaste tus primeras lecciones de sexo “en vivo y en directo”, como burlonamente me contabas, antes siquiera de pensar en el primer novio. Algo de eso se impregnó en tu ser. De esa época provienen, también, algunos de tus “amigos” que tanto incidirían en tu vida y en tu suerte.

En esos momentos la abuela estaba en los socavones profundos de sus crisis. Era incapaz de cuidarte. Tus padres sabían que las dos compartían el mismo mal y con una sola loca en la familia les bastaba, en particular para tu madre que la acusaba de dilapidar la inmensa fortuna que dejó tu abuelo, amparando locos, meretrices y mendicantes. En el fondo la abuela se consideraba igual a ellos, sólo que ella contaba con el bienestar de poseer un techo.

Ella era el amparo de todos ellos, ¿recuerdas?, les daba caldo y aguapanela caliente y les repartía bolsas de pan y te enseñó a no tenerles miedo ni lástima, pero si mucha compasión y ternura. Ellos, más que tu propia abuela, eran una legión de ángeles de la guarda a cargo de tu protección y cuidado.

¿Sabes?, todavía preservo en mi mente la imagen viva de su entierro, tú y yo al frente cargando el féretro y una multitud de desarrapados, con la miseria y la adicción dibujada en el rostro lleno de lágrimas, siguiendo la marcha en silencio hasta el cementerio. Nunca he vuelto a ver rostros más dolidos y desesperanzados que aquellos.

¿Te acuerdas de su última noche?, nos llamó a su lado, te entregó una caja llena de dinero y los documentos de las cajillas de seguridad del Banco Italiano, donde guardaba las valiosas joyas que tu mamá tanto buscó. Ante nuestra sorpresa nos suplicó que los recibiéramos para que compráramos una casa grande al norte, donde crecieran nuestros hijos y tú pudieras forjar, al fin, un verdadero hogar. Todavía se me oprime el corazón cuando recuerdo su última petición: que abandonáramos su casa para que pudieran invadirla sus protegidos antes de que los matara la calle. Pensar que de ese lugar, tan querido por ti, no quedan sino

unas ruinas invadidas por la maleza. Incluso entre esas malezas escarbé buscando tu rastro.

XVI

Quién lo iba a pensar, en la clínica Fátima, kilómetro quince, por la Autopista Norte, rumbo a la sabana. Cuántas veces pasamos frente a este inmenso portón blanco que interrumpe esa pared de ladrillos, en camino a los pueblitos sabaneros, una tarde de domingo, tomados de la mano, asomados por las ventanas de los autobuses o en carros llenos de amigos... Quién lo iba a pensar.

Bueno sea como sea, Carmona hizo su trabajo, "claro mi chino, es la vieja, todos los elementos y los indicios conducen a un reconocimiento particular y preciso... Se lo dice la voz de la experiencia, claro que si no quiere creerme, pues cierre la página y chao candao"

Introduje el marco metálico del oxidado portón y avancé por el pasillo, hasta bordear el patio donde está la fuente de piedra rodeada de matas de hierbabuena; con paso lento busque la pared para guarecerme de la llovizna que me empapaba el rostro, lavándome las lagrimas, y continúe en línea recta hasta alcanzar la habitación en donde estuviste alguna vez.

Las preguntas me asaltaban, brotaban de cada rincón y cada detalle: ¿Qué te trajo hasta aquí?, ¿por qué te dejaron ir?, ¿quién pago la cuenta?, ¿cómo volver a encontrar tu rastro?

XVII

*Un poco de miel,
un poco de miel no basta...*

Soda Stereo.

Cierro los ojos, busco tu fragancia en el ambiente, camino por el pasillo que da al jardincito y el rastro de tu aroma se confunde con el de las rosas amarillas, rojas, rosadas, moradas, tus rosas, les hablo como tú les hablabas y cómo están de bonitas, ¿les pegó el sol?, ¿más agüita mis amores?... Al lado de la escalera, en la pared que da al cuarto de San Alejo, veo tu colección de iglesias de Ráquira; comienzo el ascenso, siguiéndote los pasos hasta el último peldaño, avanzo por la gran sala donde está la biblioteca, me acerco a la ventana y siento el golpe de sol sobre la piel, abro los brazos, como tú lo hacías, respiro profundo y prosigo con paso firme hasta el baño y se intensifica en mis fosas nasales una colección de fragancias tan tuyas, el shampoo *para cabellos de ángel*, el jabón de avena, tu perfume... lo aspiro, lo retengo, me impregna, me invade, me hiere, huyo al cuarto, trastabillo, caigo de bruces sobre el edredón, me revuelco en las almohadas y tu olor cambia a cálido olor de amor entre las sábanas, de fin del mundo contra tu espalda, de calorcito oscuro, de tibieza en mis mejillas.

Así, un día tras otro, así ha sido el lenguaje de las cosas sin ti, Gabi. Ahora comprendo al Borges que le hablaba al retrato de Beatriz y la añoranza de Mooly en el monólogo del señor Bloom.

Pero si el lenguaje de las cosas marca tu ausencia, en verdad lo que no me abandona es ese diálogo interior que mantengo contigo, ese pregunte que pregunte, el querer contarte cosas o cantártelas y volvértelas a contar, es que, sabes, con las ausencias crece el uso de la palabra con la pareja. De la palabra no dicha.

Imagínate. Tantas veces dormitando a tu lado con la sensación cierta de un amor profundo, a flor de piel, y no decírtelo.

XVIII

MÁS ALLÁ DEL ESPEJISMO.

Frente al espejo no reconozco la imagen, aunque siento el vacío, la nostalgia del Raúl que desapareció, que ha muerto.

Una muerte de pura nostalgia, como la de la abuela *turca*.

*Desde mis huesos huelo el aroma a azahares
Lo siento a pesar del olor de la tierra mojada
llueve el día de mi entierro
aquí en Cereté no en Jericó
me impregna la piel desde sus raíces
es más fuerte, más intenso que los olores nuevos
del mongo mongo sobre el casabe o
el minguí con coco sobre la galleta Turca.*

Ya no recuerdo mis sueños, ni los afanes de otras épocas, ni la vida inmediata sin propósito cierto antes de tu ausencia.

En los senderos del alma ya concluyó la búsqueda y desapareció el almacén de mi propia historia.

Todo es una eterna nostalgia de recuerdos borrosos. Rostros, paisajes, aromas se confunden, en todo momento, en todo lugar.

*Pedacitos de cebolla
amalgamados con la carne
chispeantes burbujas hirvientes del aceite
presencia de laurel, ausencia del tomillo
instantes del tiempo en la alegría de la boca
pasos de mi madre en sueños de la infancia
olores de Cereté entre el quibbe y el tahine
regresan con el tiempo en pedacitos de cebolla.*

Y sin embargo, frente al espejo, en un recodo de la mirada, adivino al niño anterior a ese hombre que ha muerto, lo veo sentado frente al malecón del río Sinú, viajando con los pequeños barcos.

*Cae un grano de arena
Corre el río Sinú
Viaja en el mar hasta Haifa
Vena que lleva mi sangre
Y fluye cristalina a contracorriente
collar de cuentas, tejido de organdí
olivas en aceites, nisperos en agua
en mi memoria ancestral eres el Jordán
Río de mi infancia, tiempo de mis tiempos.*

Cuanto del tiempo perdido en fragmentos de existencia que se han disgregado tras tus pasos, en este transitar solitario.

*Sigo tus pasos
Camino del retiro de los indios
Se diluye la calle bajo la canícula
y tu imagen se fija como espejismo
siempre bajo el sol
viven nuestro amor y el olvido
entretejidos como las raíces de los campanales
sacudidos por la brisa de la tarde
que acaricia sus hojas y mi alma
herida de nostalgia por un mundo perdido
entre el óxido amarillo de bisagras en pretiles
y puertas derruidas bajo escombros de recuerdos quietos
más allá de las arrugas
más allá del espejismo.*

Ya no me pertenece nada. Ni las ganas de ser o no ser. Ni el abogado que soy, como el abuelo, como mi padre, ni el escritor que no alcancé y quedo escondido tras el espejo. No he regresado al trabajo ni a los expedientes, entro a hurtadillas en la casa y ya no tengo un peso... Cuantas cosas han cambiado en tan solo un año, ¿no crees?

XIX

Una eternidad esperé este instante...

Soda Stereo.

Al fin me decidí. Acompañé a Carmona a la exhumación de cadáveres en una fosa común de un pueblito llamado Viotá. Me contó que un grupo armado había ejecutado a unos universitarios y los había sepultado en ese lugar y que él tenía *serios indicios* de que podías estar entre las víctimas *es que usted sabe, bacán, que ella andaba con esos mamertos de la Nacional*. Te confieso que yo estaba algo cansado de esas pistas locas de Carmona que no conducían a ningún lado y de sus elucubraciones, *muy bien elaboradas*, de su cigarrillo sin filtro y su tufillo de trago barato y comida grasosa; pero no perdía la esperanza de que, de pronto, en una de esas pesquisas suyas, diera con tu paradero o me indicará una pista confiable. Yo no quería acompañarlo pero el hombre insistía que insistía *mire, bacán, si no me acompaña a ésta no me acompaña a ninguna porque abandono la búsqueda, le queda claro* y yo no podía dejar que eso pasara. Según me explicó después una policía técnica judicial, que participaba en la exhumación, la razón de mi presencia es que pudiera relacionar algún objeto, una prenda, algo que permitiera identificarte, pero el solo pensarlo me mortificaba.

Recuerdo la larga marcha y el silencio después de que bajamos de los carros. Una fila india de agentes judiciales, peritos y antropólogos forenses fuertemente escoltados, pues aún no estaba asegurada la zona según sus palabras, eran seguidos por un hermano, una mamá, una esposa, un amigo de las posibles víctimas... Todos en silencio como con un luto anticipatorio, como con una resignación de duelo viejo, aplazado, ya sin lágrimas, sin lamentos... Bajo un sol calcinante. Nos detuvimos en un claro entre matas de plátano, algunos frutales y monte alto... En verdad un sitio tranquilo para morir, casi acogedor si no fuera por la razón de ser de nuestra presencia, pensé: qué raro gusto tienen los asesinos en Colombia; siempre en lugares ensoñados, apacibles, bucólicos, como si a propósito mancharan lo mejor, lo más bello. A la primera palada de tierra sabía que no era capaz de permanecer allí de pie, como si nada, como si no importara... Me retiré unos pasos y Carmona me miró con el rabillo del ojo y me gritó: *pilas bacán no se me despiste que aquí el sabueso es usted...* Todo el mundo me clavó los ojos encima y me tocó permanecer estático mientras avanzaba la excavación. Cuando aparecieron los primeros restos me provocó salir corriendo, pero me contuve; observé la delicadeza con la que trataban los huesos, las prendas las descripciones crudas y exactas "orificio de entrada, orificio de salida, lesión en miembro

superior", "camisa manga corta, de hombre, raída a un costado, zapato tenis blanco de mujer"... El hedor era espantoso, las moscas no dejaban de revolotear, pero poco a poco me sumergí en la escena, fui superando mi propia incapacidad para la repulsión y el asombro para terminar participando en ese interrogatorio colectivo por el motivo; las causas, la circunstancia, las características, los hallazgos, nada que me indicara tu presencia. Hasta que apareció tu abrigo, los botines, y no más, nada más... y, sin embargo, fue todo, eso culminó tu búsqueda. Aún escucho las palabras de Cardona: *¡Uyyy los quiños fueron de los nuestros, bacán, los millicos que vaina fea, es mejor que se pierda!...* Sentí pánico, comprendí todo.

El retrato de Beatriz no le contestó a Borges, un dolor color mostaza golpeó el corazón del señor Bloom, apreté el abrigo contra mi nariz, lo estruje sin encontrar tu olor a magnolias... Y entonces comprendí por qué me abandonaste.

Por un momento pienso que me entiendes, que me escuchas Gabi, Gabi de mi alma, espero que me comprendas y me perdones, hubiera dado el corazón que te guardé y la vida que me resta porque te hubieras quedado en el recuerdo, en ese mundo de sueños que fue nuestro mundo y al cual decidí que regresaras para siempre. Siento tus ojos tristes, casi suplicantes, dulces sobre mi rostro, quiero decirte tantas cosas... Por eso he rememorado todo esto, para reafirmarte que vives en mí, para que lo escuches antes de que se me desvanezcan los recuerdos... déjame acariciar tu pelo, tu frente, cerrar tus ojos que me miran fijos en esta foto amarillenta de periódico de ayer, con el cual envolveré los últimos objetos que me unen a ti. Permanecerá esta casa con todas tus cosas en el sitio que las dejaste, y los libros amontonados al lado de la cama. Yo no podré hacerlo, los quiños vendrán pronto. Tendré que aprender a vivir sin ti. Sí, ahora lo comprendo... algo en mí está por educar.

